# AVENTURAS DE LA LENGUA

Jorge Edwards

**Estoy en Japón, en la ciudad de Tokio, y mis huéspedes me han organizado un encuentro con una poeta japonesa. Tendría que buscar entre mis desordenados papeles para encontrar el nombre del personaje. Me dirijo, pues, al bar del Hotel Imperial a las dos de la tarde.**

Había escuchado historias de Pablo Neruda del comienzo de la segunda posguerra en el Hotel Imperial. Los diplomáticos bajaban y subían por los ascensores. ¿A dónde va usted, señor embajador? A Italia, a Tailandia, a Cuba. Esto significaba: a un cóctel en el séptimo piso, en el cuarto, en el decimoquinto, en las residencias respectivas. Siempre el mismo cóctel, con asistencia de las mismas personas. Ahora espero un rato en un bar largo, profundo, de luces tenues y maderas finas, y se acerca una señora de mediana edad, elegante, impecable. La señora me habla de Chile con un conocimiento detallado. Resulta que recorrió el país de norte a sur en busca de las huellas de Gabriela Mistral. Fue alumna de Roque Esteban Scarpa y él le sugirió pistas diversas. Durmió, esta minuciosa y voluntariosa señora, en el mismo dormitorio donde durmió Gabriela cuando era profesora en el Liceo de Niñas de los Andes o de San Felipe. Llegó después a Punta Arenas, en una época en que llegar era más difícil que ahora, y se internó por las orillas del estrecho de Magallanes hasta más allá de Puerto Natales. El viaje fue largo, pero no le costó demasiado encontrar la vieja hostería donde Gabriela se recluyó en sus tiempos de profesora juvenil en Punta Arenas y terminó de escribir los poemas de *Desolación*. El tono de esa poesía es grave, sombrío, trágico. Gabriela tuvo que aislarse entre las aguas, los hielos, las nubes del extremo sur patagónico, para encontrarlo y desarrollarlo. «Yo creo —me dice la poeta del Japón, mientras bebemos un vaso de vodka frío— que Yin-Yin, el hijo adoptivo de Gabriela,



Jorge Edwards.

era, en realidad, hijo carnal suyo». No disimulo mi sorpresa. Ella parece haber entrado en la piel, en la sensibilidad profunda y total de Gabriela, más allá de todas las diferencias de cultura, y su palabra, en consecuencia, tiene peso. Hablamos de Manuel Magallanes Moure, de José Vasconcelos y Eugenio D'Ors. De pronto, el bar del Hotel Imperial se ha convertido en una sucursal del idioma, una ramificación extrema. Me llevan al día siguiente a Kioto y encuentro a una profesora chilena que da clases de español en la universidad. El tejido de la lengua se extiende por todas partes. Es un enigma extraordinario. Visitamos un templo budista y hablamos de Luis Cernuda, de Vicente Huidobro, de Enrique Lihn. Y de nuevo de Gabriela y de su correspondencia amorosa, ¿platónica, no platónica?, con Magallanes Moure. Algunos meses más tarde pasé frente a la vitrina de un librero del Barrio Latino de París. Me encontré, y fue una nueva sorpresa, otro caso enigmático de penetración de la palabra escrita, con una traducción al francés de *El niño que enloqueció de amor*, la novela breve de Eduardo Barrios publicada en el Santiago de 1915. La leí en la noche y todavía, en la distancia de casi un siglo y de otra lengua, estaba llena de materia viva, palpitante, conmovedora. Al regresar a Santiago supe lo siguiente: el modelo de niño enamorado, enloquecido de amor, que inspiró a Eduardo Barrios, era nada menos que el poeta adolescente Magallanes Moure. Magallanes conoció más tarde a Gabriela Mistral, pero en definitiva se casó con la prima diez años mayor que él, la de la novela de Barrios, que lo había esperado hasta que se hiciera hombre. La historia, en otros términos, partía de un Santiago remoto, con lámparas de gas y tranvías de tracción animal, pasaba por Tokio, Kioto y París, y regresaba al Santiago de hoy. Y la persona que me contó la historia entera, con su curioso círculo narrativo, con su juego de encuentros y desencuentros, fue nada menos que una joven bisnieta de Manuel Magallanes Moure y de su prima, vecina de mi barrio del cerro de Santa Lucía. Todo esto me parece ahora un misterio extraordinario del idioma, además de un misterio de la vida. ■

**Jorge Edwards**, premio Cervantes 1999, es autor de libros como *Persona non grata* y *El inútil de la familia*.